

Ruperto y el señor Siniestro

(otra vez)

Roy Berocay

loqueleg

Capítulo uno, en el que a los bichos les sucede algo raro y Ruperto tiene un caso nuevo, lo cual es evidente porque si no, ¿de qué iba a tratar esta historia? ¿Eh?

A veces, para no tener que exprimirse el cerebro, o de puro atorrante nomás, un escritor decide empezar un libro de la misma manera que empezó otros.

Entonces esta historia podría empezar así, con el sapo Ruperto, el mejor sapo detective de todo el universo y dos cuabras más allá, el número uno, el batracio alfa, el que nunca fue eliminado por penales, tirado en su colchón de goma de borrar, dentro de su cueva oficina, roncando como el toro de un dentista, pero no tan finito.

Sucedería en ese momento que otros bichos vendrían corriendo (o saltando, volando, arras-trándose o como sea que vienen los bichos) y le gritarían así: ¡Rupeeeeeeeerto!, ¡Rupeeeeeeeerto!

Y allí comenzaría una gran aventura, una aventura impresionante, *incommensurable*, que es una palabra que no sé qué significa pero suena como algo impresionante, aunque esta última palabra ya la usé dos veces.

Pero no.

Lamento decepcionarlos.

Presten atención.

Escuchen atentamente (o lean, mejor).

¡Dejen de pegar mocos en el cuaderno!

Esta aventura empieza de una manera totalmente diferente a las otras.

Para comenzar, el sapo Ruperto no estaba dormido. No, estaba bastante despierto.

8 Y ¿qué hace un sapo cuando está bastante despierto?

Depende. Si el día está feo, se acuesta a dormir una siestita y lo vienen a despertar los bichos y... ¡Un momento! Ya me estoy yendo otra vez para el comienzo de siempre.

Bueno, si el día está feo, Ruperto aprovecha para ordenar las tres cosas que tiene en la cueva, luego barre y mira para afuera por un agujero que usa de ventana y lamenta que no haga un día muy lindo.

Pero si en realidad hace un día muy lindo, el sapo Ruperto se pone sus mejores ropas, es decir, su gabardina y su sombrero, y sale a pasear.

Y eso, queridos amigos, es exactamente lo que estaba haciendo esa mañana el genial investigador.

El sol brillaba en lo alto del cielo. Eso era una bendición, porque si el sol brillara más cerca, digamos, a un par de kilómetros nomás, todos los personajes de esta historia reventarían.

Pero como brillaba en lo alto del cielo, Ruperto sentía el calorcito sobre su piel arrugada y verde mientras caminaba por la orilla del arroyo. El agua

estaba clara y, como no había viento, la superficie se extendía plana como un espejo. Más allá se movían apenas los altos pinos. También los juncos, los yuyos, y todo eso que hay cerca de un arroyo y sería aburrido describir.

Como era su costumbre, porque era un sapo muy educadito, Ruperto saludaba a los otros bichos. Se sacaba el sombrero, sonreía y decía *buen día, qué tal, linda mañana*, y otras cosas que también sería muy aburrido explicar una por una.

9

Pero ¡oh sorpresa! Ese día algo extraño sucedía.

Cada vez que Ruperto se cruzaba con un bicho amigo o apenas conocido y lo saludaba, el otro no le contestaba como siempre diciendo *sí, qué lindo, o la verdad que sí, o buen día para vos también, sapo ídolo de multitudes*.

Nada de eso.

Por ejemplo, Ruperto veía un cangrejo y decía:

—¡Buen día, don cangrejo!

Y el cangrejo le contestaba enojado:

—¡No me molestes!

Y se alejaba apurado para meterse bajo el agua.

Ruperto veía una rana y decía:

—¡Buen día, ranita!

Y la ranita le decía:

—¡No seas imbécil, pedazo de gordo inflado de gas maloliente!

Y se alejaba saltando hacia los juncos.

Y así, uno tras otro, todos los bichos con los que Ruperto se cruzaba le contestaban mal.

—¡Zapallo!

—¡Nabo!

—¡Choclo!

—¡Chorizo!

—¡Lombriz!

10 A los bichos les encantaba insultar con nombres de cosas que se comen. Aclaro que las lombrices también se comen; si no lo creen, pregunten a los peces.

Pero el asunto, que Ruperto con su supercerebro último modelo no tardó ni tres horas en notar, era que todos los bichos que saludaba lo trataban mal, lo insultaban. Alguno incluso llegó a escupirle un ojo, el ojo derecho.

Ruperto se detuvo junto a un arbusto y se puso a pensar. Las rueditas dentro de su cabeza crujieron oxidadas.

Y de pronto, así, como un pensamiento genial venido desde la nada, Ruperto se dio cuenta:

—Los bichos están todos enojados —pensó.

—Los bichos están todos enojados —dijo en voz alta.

—Los bichos...

Bueno, el sapo podía repetir lo mismo muchas veces.

Pero, como buen detective genial que era, Ruperto se daba cuenta de otra cosa: si los bichos estaban todos enojados era porque algo les sucedía.

¡Qué brillante!

¡Qué maestro!

¡Qué capo del pensamiento!

Y ¿qué hace un buen detective una vez que descubre que todos los bichos están enojados?

¿Se va para la cueva y se acuesta?

¿Se compra ropa nueva y va a una clínica para adelgazar?

¿Se decide a cambiar de trabajo?

¿Va al baño y no tira de la cadena?

No, nada de eso.

Cuando un buen sapo detective descubre que algo extraño está sucediendo, su deber es investigar.

Pero, solo para estar seguro, Ruperto decidió ver si su deducción era correcta y si de verdad los bichos estaban todos enojados.

Entonces caminó y caminó hasta que se cruzó con una larga fila de hormigas.

—¡Hola, hormigas! ¡Qué hermoso día! —dijo como en un poema para niños no muy brillantes.

—¡Callate, sapo repugnante! —dijo una hormiga.

—¡Gordo comemoscas podridas! —dijo otra.

—¡Panzón! —dijo otra.

—¿Por qué no te vas a...?

Epa, epa, algunas hormigas estaban de vivas.

Pero Ruperto tomó nota mental de cada una de las cosas que le dijeron las trescientas veinticinco

mil doscientas cuarenta y una hormigas que formaban la fila y pasaron junto a él.

Luego fue a saludar cangrejos.

—¡Hola, cangrejo! ¡Qué hermoso día!

—¡Hermosa tu abuela! —dijo uno.

—Callate, sapo pasteurizado —dijo otro que acababa de ver una bolsita de leche tirada en la arena.

12 Ruperto tomó nota mental de todos los insultos.

Luego tuvo que borrar algunos archivos de su cabeza porque su disco duro no le daba para tanto.

Se sentó a descansar.

Había dado el primer paso en una investigación. Bueno, había dado muchos pasos en realidad, porque hacía horas que andaba caminando, pero en la investigación era un primer paso, o sea, un comienzo: comprobar que de verdad todos los bichos estaban enojados.

El segundo paso también era muy importante.

Es que, como ya deben de saber, siempre que sucede algo es porque hay una razón.

Si una pelota vuela directamente a pegarte en la cara y reventarte la nariz, es porque alguien la pateó o la tiró con las manos.

Si tu mejor amiga de pronto dejó de saludarte, es porque le quitaste el novio.

Si te sacaste mala nota en el último trabajo que mandaron en clase, es porque nadie comprende tu genialidad.

Y si todos los bichos estaban muy enojados, era porque algo los hacía estar así.

Pero ¿qué podía ser?

¿Les habrían aumentado los impuestos?

¿Su cuadro favorito habría perdido un partido importante?

Ruperto pensó y pensó y pensó. Pensó tanto que le dio hambre y tuvo que ir a comerse unas empanaditas de mosquito y sentarse un rato a eructar, digo, a meditar.

Su cerebro era una computadora a toda marcha.

¿Por qué estarían enojados todos los bichos?

No muy lejos de allí, alguien sabía la respuesta.

Pero, para generar un poco de suspenso, no lo voy a decir ahora, sino en el próximo capítulo.